

Divinas y frágiles

Sobre las mujeres y Dante

La literatura se presenta ante nosotros como una posibilidad de comprender distintos tiempos y mundos. Múltiples obras han procurado reflejar su tiempo y presentar las formas de pensar y actuar, pero de seguro, muy pocas obras literarias han conseguido hacerlo con la destreza que se ve reflejada en La Divina Comedia de Dante Alighieri. A lo largo de sus cantos, es posible comprender la cultura cristiana de la época, reconocer asomos de la tradición clásica e incluso adentrarse en algunos pensamientos políticos.

En su obra, cobran especial importancia los personajes femeninos (encabezados por Beatriz), sus descripciones y las formas poéticas de presentar sus acciones en vida. La cantidad de personajes femeninos aumenta de acuerdo al lugar en el que Dante se encuentra, siendo el Infierno el lugar en el que menos están presentes y el Paraíso, el lugar en el que más y más importantes se encuentran, culminando con la aparición de la Virgen María, la mujer más cercana a la Divinidad o incluso, la Divinidad misma, para la tradición cristiana.

Es importante comenzar comprendiendo la noción del rol femenino en el mundo que Dante Alighieri habitaba: una Europa Medieval dominada por sus profundas creencias religiosas. Si bien no resultaba ser un lugar propicio en el cual ser mujer, hay una serie de particularidades que vale la pena mencionar.

Desde la tradición cristiana se ha visto a la mujer como el medio a través del cual obra el pecado:

“(…) La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.» (Gen 3:12)

A Eva se le ha atribuido la responsabilidad del pecado original y con ello la condena de la humanidad:

A la mujer dijo: «Aumentaré en gran manera los dolores cuando des a luz tus hijos. Tu

deseo te llevará a tu marido, y él te dominará.»

Y al hombre dijo: «Puesto que accediste a lo que te dijo tu mujer, y comiste del árbol del

que te ordené que no comieras, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de

ella todos los días de tu vida.

Te producirá espinos y cardos, y comerás hierbas del campo.

Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste

tomado; porque polvo eres, y al polvo volverás.» (Gen 3:16-19)

Y al ser ella "*la madre de todos los seres vivientes*", su maldición se hizo extensiva a todas las mujeres venidas después de ella, junto al mandato de sometimiento a la voluntad masculina y a la Divina.

El inicio de la Edad Media fue un tiempo convulso en el que las guerras y conquistas de territorios, disminuyeron cualquier tipo de injerencia en la vida pública que pudieran tener las mujeres y en consecuencia, los hombres tomaron el control del orden administrativo y social, relegando a la mujer a su voluntad. A pesar de esto, es posible distinguir una dualidad de visiones, en las que por un lado las mujeres estaban sujetas a voluntades masculinas, tanto de su esposo, como de sus parientes, en donde se establecían posibilidades y prohibiciones: las mujeres podían (debían) ser amas de casa, madres y educadoras de sus hijos, pero no podían asumir papeles de relevancia en la sociedad, porque su debilidad (heredada de Eva) física y mental no las hacía aptas.

Y del otro lado, era posible encontrar abadesas y señoras feudales, con poder administrativo, como el de los "señores", y religiosas de la época vastamente instruidas y letradas. Tal es el caso de Eloísa, una superiora del monasterio de Paráclito, que enseñaba a sus monjas el griego y el hebreo; así mismo es posible encontrar manuscritos venidos de abadías de mujeres. Demostrando que las mujeres también podían encontrarse envueltas en asuntos de ciencia religiosa y conocimiento del mundo.

Para el periodo feudal, el lugar ocupado por la figura femenina en la Iglesia cobró importancia y se hizo visible en el culto hacia la Virgen María y hacia otros santos, en especial mujeres que habían muerto por defender su fe.

Otro aspecto que podría resultarnos sorprendente es que existen documentos que prueban que en los ejercicios de votación en asambleas urbanas o rurales, las mujeres también participaban y al parecer no se hacía necesario resaltarlo, por un principio de igualdad. Ellas eran contadas entre los habitantes y votantes de un lugar sin mayores particularidades, a excepción de su edad. También es posible encontrar documentos que permitan saber de mujeres que actuaban en nombre propio, en el ejercicio de diversas actividades laborales.

Pero, hacia finales del siglo XIII, se da un cambio en el papel que cumple la mujer y los lugares que anteriormente fueron de conocimiento y ciencia, progresivamente desaparecen y los existentes, como la Universidad, les fueron vedados a las mujeres. Es posible relacionar las formas de actuar y de establecer roles en la Iglesia, con la sociedad civil de la época y creer que se dio una exclusión similar en lo que a autonomía, conocimiento e independencia respecta.

Así que, en medio de estas dualidades y convergencias es que Alighieri da el desarrollo a su obra. Las mujeres que aparecen en la Comedia, tienen una aparente igualdad con los hombres y tal como sucedía en la Italia medieval, las divisiones parecían hacerse más, por razones sociales y económicas.

En el canto II del Infierno, Dante nombra la conexión de la mujer con lo sagrado y como a través de ella podía contemplar la luz y Divinidad de Dios:

«Me encontraba en el limbo detenido,
y una mujer angélica y hermosa,
así llamóme y me sentí rendido.
«Cada ojo era una estrella fulgorosa;
y así me habló con celestial acento,
dulce y suave en su habla melodiosa (...) (Inf. II: 52-57)

Esa mujer angelical de voz dulce que lo llama y conoce su travesía no es otra que la Virgen María, aquella que fue llena de la gracia de Dios y que porta todas sus virtudes: amor, sabiduría, compasión y poder. Ella era el ideal supremo de mujer para la época.

Al mismo tiempo, debemos hablar de la mujer de carne y hueso que habitaba el mundo para ese entonces y que más se acerca a la representación que hace Alighieri en la obra. Si bien su valor tenía que ver con sus condiciones sociales, era mucho más

importante que cultivara en ella virtudes como la cortesía, la honestidad y la rectitud, que junto con el amor puro, serían la suma de aspectos que le permitirían encontrar el camino de su conexión con lo divino.

Es por ello que su relación con el sexo masculino se da de manera casi feudal y aludiendo a lo que se entiende por amor cortés. Un amante que respeta a su amada y que en un pacto de servicio se aventura por el mundo trayendo a ella grandes honores y cumpliendo con el camino que debe recorrer para llegar a acercarse a la magnificencia que esta representa.

El rol femenino que es posible encontrar en la obra corresponde tanto al terrenal como al celestial. Dante (el personaje) nombra a las mujeres y su compasión por él como una manera de acercarse a Dios y a su amor:

“¡ Oh musas! ¡ oh alto ingenio, dadme aliento!
¡ O mente, que escribiste mis visiones,
muestra de tu nobleza el nacimiento!” (Inf. II: 7-9)

Aún así, es posible encontrar personajes que conservan un carácter realista dentro de la obra, caracterizándolos con sus virtudes, vicios y defectos. Tal es el caso de Francesca de Rimini o de Polenta. Nacida en Ravena, una ciudad al norte de Italia, en 1260. Contrajo matrimonio con Gianciotto Malatesta de Rimini, un hombre mayor que ella, pero cuyas relaciones políticas favorecían al padre de Francesca.

Ella, con aproximadamente 25 años, corrió con la mala suerte de sentirse atraída por el hermano de su esposo, Paolo, del cual se hizo amante. En La Divina Comedia este pasaje se recrea así:

«Leíamos un día, en grata hora,
del tierno Lanceloto la ventura,
solos, y sin sospecha turbadora.
«Nuestros ojos, durante la lectura
se encontraron: ¡ perdimos los colores,
y una página fué la desventura!
«Al leer que el amante, con amores
la anhelada sonrisa besó amante,

este, por siempre unido a mis dolores,
«la boca me besó, todo tremante... (...) (Inf. V: 126-136)

El esposo, al enterarse de la traición, los descubrió y los asesinó. Es por eso que Francesca le explica a Dante, que pese a su pecado, a su asesino le espera una condena peor:

“«Amor llevónos a la misma muerte,
Caina, espera al matador en vida.»” (Inf. V: 106-107)

Francesca y Paolo se encuentran pagando el pecado de la lujuria y no el de la traición, por lo cual Dante los encuentra juntos, pero lejanos, y los describe así:

Cual estorninos, que en bandada espesa,
en tiempo frío, el ala inerte estiran,
así van ellos en bandada opresa.

De aquí, de allá, de arriba, abajo, giran,
sin esperanza de ningún consuelo:
ni a menos pena ni al descanso aspiran.
Como las grullas, que en tendido vuelo
hienden el aire, al son de su cantiga,
así van, arrastrados en su duelo(...) (Inf. V: 40-48)

Ambos están lejos de ser virtuosos, han dado rienda suelta a su pasión y deben padecer en el Infierno, las consecuencias de su desobediencia. No cumplieron con las leyes de su tiempo, actuaron de manera instintiva, ignorando la moral que debe regir la vida humana, pero en su condena son capaces de reflexionar sobre ello, aunque eso no cambie en nada su situación.

Su condena es un recuerdo de lo mucho que se necesitan, de que su presencia ausente es más dolorosa que la muerte misma. Ellos representan esa idea del amor cortés, en la que el amor debe vencer obstáculos y en el cual la separación del objeto amado es a la vez sufrimiento y aliciente. Ya sin cuerpo que les permita concretar su amor, entonces su ausencia es aún más dolorosa.

Ella es la representación de la mujer a la que los poetas del Dolce Stil Novo le escribían: gentil, delicada de sentimientos y frágil (la misma fragilidad de la que se hablaba en el ámbito religioso) y justamente su fragilidad es lo que la hace pecar. Francesca no es mesurada en su hablar y se revela al poeta de esa manera, falta de aquella virtud.

Ella es capaz de narrar su pecado desde el amor y reconoce su debilidad frente a tan grande sentimiento:

«Amor, que alma gentil súbito prende
a este prendó de la gentil persona,
que me quitó la herida que aun me ofende.

«Amor, que a nadie amado, amar perdona,
me ató a sus brazos, con placer tan fuerte,
que como ves, ni aun muerta me abandona.

«Amor llevónos a la misma muerte (...) (Inf. V: 100-106)

Francesca se entregó al amor erótico y perdió su conexión con la Divinidad, su intelecto dejó de ver más allá de su satisfacción personal. Es por eso que Dante siente compasión de ella y de su “falta de visión” hacia la vida en el más allá.

Esta escena es usada por el poeta para mostrar al lector, como de acuerdo a la pureza del sentimiento y la motivación, incluso la condena, puede ser comprensiva y justa. Es posible sentir piedad por los pecadores y por las razones que los han llevado hasta el Infierno:

“(...)y cuasi yerto, de piedad, me sentí desfallecido,
y caí, como cae un cuerpo muerto.” (Inf. V: 139-142)

Y aunque el amor es un sentimiento noble y grandioso, y uno de los pilares de las mujeres virtuosas, es a su vez una herramienta para construir una sociedad en la que se asegure la preservación de la especie y el cumplimiento de un sistema de reglas, en el que a la mujer se le demanda ser reflexiva, pausada y menos pasional.

Por ello, el contraste entre las virtudes que posee la Virgen María y las que Francesca pudo haber cultivado de no haber sucumbido ante sus pasiones y no haber muerto de manera violenta, parecen ser el mejor ejemplo para entender como, para la época, estas solo eran posibles en un esfuerzo mayor y paciente. Un regalo de la Divinidad, que implica un sacrificio en lo humano, pero especialmente un sacrificio de aquellas criaturas frágiles, venidas de Eva, que malditas de nacimiento, pero susceptibles de

darle lugar a la Divinidad en sí mismas, como es el caso de María, necesitan también, realizar un “viaje” en que se reencuentren a si mismas en aquellas virtudes para alcanzar a Dios y así cumplir con el destino de sus vidas medievales.

BIBLIOGRAFIA

- Marías, J., & Feliu, S. (1993). *Ética a Nicómaco* (Vol. 9). Universitat de València.
- Von Balthasar, H. U. (1987). *Gloria. Una estética teológica/3: Estilos laicales*. Dante, Juan de la Cruz, Pascal, Hamann, Solov'ev, Péguy (Vol. 3). Encuentro.
- Alighieri, D. (1922). *La Divina Comedia*. Buenos Aires, Argentina: Centro cultural “Latinum”.
- *La Biblia. Reina Valera Contemporánea*. (2014). Brasil: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Pernoud, R. (2010). *Para acabar con la Edad Media*. Barcelona, España